

CAPITULO XXVIII.

Determinase mudar la ciudad de Guadalajara al valle en que permanece hasta hoy; salen los religiosos, y consiguen reducir á los alzados y lo consiguen de muchos; sale el virrey D. Antonio de Mendoza, de México, con quinientos hombres, para castigar la rebelion.

1. El día 1º de Octubre de dicho año de 1541, en cabildo abierto, propuso el teniente de gobernador Cristóbal de Oñate, el desazon que mucho de los vecinos tenían desde que se determinó la fundacion de la ciudad en aquel paraje: que los mas habían sido de sentir se fundase, ó en Tonalá, ó en el Valle de Tzapotepec, que hoy se llama Toluquilla, ó en el Valle de Atemaxac, que es donde hoy está la ciudad; y que D. Nuño de Guzman cuando los vió en la mesa de Nochitlan con tantas incomodidades, y tan repetidos asaltos, les concedió facultad para que se mudasen á lugar mas cómodo: que unos quisieron se fundase la ciudad en donde se hallaba, y otros llegaron á mudarse á Tonalá con propósito de poblar allí; y sabido por Guzman, dió orden cerrada para que se poblara en aquel paraje triste y separado, por lo crecido del rio llamado el Grande, que impide la comunicacion si no es con grande peligro; y que pues Dios les había librado del mayor en que se habían visto, sería bien que pues ya los indios habían destruido las fábricas principiadas, se mudase la ciudad á mejor puesto, y esto sin que se entendiese tratarse de desamparar el reino de la Nueva-Galicia, ántes sí, protestó no salir

de él hasta dejarle pacificado. Moviéronse algunas dudas nacidas de temores de la resistencia que hallarian en D. Nuño de Guzman, quien había ido á España con ánimo de titular en dicho valle; otros se abstuvieron de expresar su dictámen, diciendo no ser vecinos, ni hallarse en ánimo de permanecer en la tierra. El contador Juan de Ojeda, quien había poco que había pasado de España, expresó tenía por cierto que D. Nuño de Guzman no volvería, y tomaría cuando bien librarse perder sus encomiendas, y que así con libertad eligiesen el lugar mas apto para mudar la ciudad, sin temores ni respetos.

2. Beatriz Hernandez había dado en numerarse entre los hombres, y desde la puerta oía los debates, y en voz alta, dijo: «mírenlos cuáles están con demandas y respuestas, sin concluir cosa alguna: el rey es mi gallo; ¿qué nos ha de hacer D. Nuño, que ha sido causa de hallarnos en estos lances?» y volviéndose al gobernador, le dijo: «V. S. no haga caso de votos de bandoleros: el rey es mi gallo, y debe fundarse la ciudad en uno de los tres puestos referidos, donde mas convenga, sin respeto al Sr. Guzman ni otro alguno.» A una voz todos, celebrando la resolucion de aquella mujer,

dijeron: hágase lo que D^a Beatriz determina: y en esta conformidad, se nombraron por comisarios para la opcion del puesto, á Miguel de Ibarra y á Juan del Camino, quiénes acompañados de seis de á caballo, pasaron á dichos valles y eligieron el valle de Atemaxac; y dentro de ocho dias, con buen orden, salieron de Tlacotlan, marchando á cortas jornadas, auxiliados de indios amigos y de algunos soldados de los de Alvarado, que estaban en Tonalá, llegaron á Tetlan, donde hicieron alto, y en su plaza se publicó bando, de orden del teniente gobernador, para que todos los que quisiesen poblar la ciudad, compareciesen ante dicho gobernador y cabildo, para que se formase padron y se mapease la planta del lugar, y se repartiesen los solares, ó por suerte, ó conforme á la calidad y méritos de cada uno. Llegó el caso de que se declarasen los descontentos, y solo se ofrecieron gustosos los que quisieron ser pobladores; y porque muchos de los que estaban ausentes, y habían ido á la jornada de Francisco Vazquez Coronado, habían protestado ser su ánimo poblar la ciudad de Guadalaxara, y para ello retenían en Tonalá sus repartimientos de solares, y aun habían dejado principiadas sus fábricas, y en ellas sus familias, sus parientes y amigos prestaron voz y caucion, y así fueron admitidos, con la calidad de fabricar sus casas de piedra, ladrillo ó adobe, y gastar lo necesario para sus fábricas, ó á lo ménos, la décima parte de sus caudales, conforme á lo establecido en real cedula; y en virtud de dicho bando se presentaron los siguientes, que sin que sin que sea mi ánimo dar á ninguno preferencia, expreso así:

Extremeños.—Bartolomé García, Alonso Martin de Rivera, Melchor Perez de la Torre, hijo del segundo gobernador del reino de la Galicia, Diego Alvarez de Ovalle,

Francisco de Trejo, Pedro de Bobadilla. *Castellanos.*—Diego Vazquez de Buendía, Alonso de Vera, Antonio de Aguiar y Saavedra, Cristóbal de Ordoñez, Hernando Flores, alférez mayor en la conquista de dicho reino, Cristóbal Romero, Cristóbal de Estrada, Diego Hurtado de Mendoza, Diego García, Gaspar de Tapia, Pedro Cuadrado, Pedro de Céspedes, Juan de Ojeda, contador, Juan Gonzalez, Juan Cantoral, Juan de Alaejos.

Vizcaínos.—Miguel de Ibarra, Juan Machain de la Guarda, Tomás de Virrieta, Juan de Villarreal, Antonio de Urrutia, Juan de Zubia, Alonso de Aróstegui, Juan de Urbina, Pedro Murrieta, Juan de Saldivar, Juan de Virrieta.

Andaluces.—Juan Delgado, Alonso Lorenzo, Cristóbal de Barrios, Alonso Placencia, Diego Hernandez, Diego de Orozco, Hernando Martin, Pedro Placencia, Juan Sanchez, Juan de Castañeda, Pedro Sanchez Mejía, Juan Muñoz, Pedro Sanchez.

Montañeses.—Juan del Camino, tío del que murió en el Mixton, Diego de Colio Berben, Juan Contreras, Juan Gonzalez de Arenas, Francisco Maldonado, Francisco Delgadillo, Juan Michel, como tutor de Gaspar de la Mota y sus demas hermanos menores, hijos de Francisco de la Mota el que murió en el Mixton, que era montañés, Francisco Batidor, Hernando de Placencia.

Portugueses.—Diego Royon, Andrés del Campo de Mendoza, Diego de Mendoza,¹ Andrés de Villanueva Riojano,² Juan Michel, por sí, Andrés Pereida, Juan de Castro, Antonio Pacheco.

¹ Este no existe en los manuscritos del Sr. García y del archivo.

² Villanueva, según su testamento, era natural de la villa de Laguna de Cumeros en la Rioja.

3. No me olvido de nuestro cura el Br. D. Bartolomé de Estrada, y su compañero Alonso Martin, que son los primeros que en la nueva ciudad administraron los Santos Sacramentos á los españoles, ni menos de los religiosos de nuestro padre San Francisco, que desde sus principios fueron doctrineros de los indios, y trabajaron en su reduccion; porque aunque son distintos asuntos, milicia y religion, en la ocasion presente se hermanaron, de suerte que la religion fué alma de la milicia, y por eso, lastimado el R. P. Fr. Antonio de Segovia (primer custodio y prelado de los religiosos, que en la ocasion se ocupaban en la reduccion) del formidable estrago que se habia hecho en los indios, trató de partirse para los pueblos sublevados, á solicitar conciliar á aquellos miserables, y atraerlos al gremio de la Santa Iglesia, y así luego salió á pié y descalzo (como anduvo siempre desde el año de 1531, que pasó á dicho reino de la Galicia, desde la Santa Provincia de la Concepcion): este religioso varon fué el que llevó á dicho reino la imágen de Nuestra Señera de la Espectacion, que se colocó en el pueblo de Tzapotpan, en cuyo santuario hoy se venera, como en su lugar verémos. Abroquelado con dicha santa imágen, se entró por los mas encumbrados riscos, intrincados cerros, é incultos bosques, por curar á los miserables contagiados de la peste del alzamiento, quienes se hallaban como sin remedio, por la ninguna esperanza que tenian del perdon; mas dicho padre, con la órden que llevó del gobernador, lo franqueó, y les aseguró que como bajasen de paz y volviesen á sus pueblos, quedarian tan indultados, que ni aun se les haria reconvenccion alguna de su delito, con cuyo seguro y fuerza de la predicacion, fueron muchísimos los indios cristianos que se re-

dujeron, y aun muchos de los gentiles, y refiere dicho padre Tello, que de la imágen salian celestiales luces que obligaban á los gentiles á seguir á dicho padre, y como mansas ovejas, incorporarse en los pueblos de los sublevados ya arrepentidos; y fué tanto el fruto que hizo el apostólico celo de este esclarecido varon, que habiendo despachado D. Cristóbal de Oñate por el mes de Diciembre á Juan del Camino con otros de á caballo, á visitar aquellos pueblos, los halló tan poblados y aun mas de lo que estaban ántes, y tan dóciles, como si nunca hubieran cogido las armas. Los mas soldados que en esta ocasion acompañaron á Juan del Camino, eran los encomenderos de aquellos pueblos, y así los acariciaron y confirmaron en el indulto que les habia conseguido el padre Segovia, y alegres los encomenderos de ver restablecidas sus encomiendas que juzgaban perdidas, pretendieron internarse mas; pero los indios del pueblo de Maxticacan les dijeron no pasasen adelante, porque los indios cascane (que eran los de hácia Zacatecas) andaban muy rabiosos y convocando para la venganza de la carnicería que los nuestros habian hecho, y así se volvieron dando razon á Oñate de lo que pasaba.

4. Luego que se determinó mudar la ciudad, dió cuenta el gobernador al señor virey D. Antonio de Mendoza, de todo lo acaecido; y recibió cartas de D. Juan Fernandez de Híjar, alcalde mayor de la Purificacion, refiriendo haber tenido varios asaltos, al mismo tiempo que los de Guadaluaxara, los que (por la misericordia de Dios) quedaban sosegados, y que segun blasonaban los indios, tenia entendido que se hallaria destruida la ciudad, ó á lo ménos sitiada y en gran conflicto, por lo que deseaba saber si era necesaria su persona con los pocos soldados que tenia. Tambien de

Culiacan escribió Cristóbal de Tapia, diciendo: que de sus propios indios estaba informado, que en aquella luna de Setiembre, se trataba de asolar, especialmente la ciudad, contra la que se habian unido todos los indios, aun los gentiles de las mas remotas sierras; por lo que deseaba saber el estado en que se hallaban. Al mismo tiempo, el alcalde mayor de Compostela escribió diciendo: que sus indios comarcanos habian desamparado sus pueblos, y que de algunos que se apresaron, supo que habian ido á dar sobre la ciudad de Guadaluajara, con el ánimo de que luego que acabasen con sus moradores, volverian con todos los convocados sobre Compostela, y que esperaba en breve el asalto, y que por eso no remitía el socorro que juzgaba necesitarian. Viendo Oñate haber sido cierta la convocacion general, y temiendo, segun el informe de los encomenderos, que todavía ardia el fuego de la conspiracion en los cascane, no se descuidaba en providenciar lo conveniente para su reparo; y como el señor virey, desde la noticia del desbarato de Alvarado, aunque habia remitido cincuenta soldados de socorro, prosiguió reclutando gente para pasar en persona á pacificar de una vez el reino de la Galicia; luego que recibió las cartas de Oñate y vió el asalto que padeció con los suyos, que fué tal, que obligó á mudar la ciudad, aun sin embargo de la victoria conseguida, dispuso el ejecutar su viaje, y con quinientos hombres de la gente mas lucida de México y algunos indios amigos, marchó, anticipándole la noticia al gobernador Oñate, del pronto socorro que iba á darle; y como por estar informado de que aunque la tierra era pobre de plata y oro, era fértil y de buenos pastos, conducía porciones considerables de ganados y caballada para la cria, con la que podrian sufragarse los vecinos

de aquel reino, cultivando la tierra y ocupando á los indios para que no estuviesen en tal ocio, que les obligase á maquinár tantas maldades, como estaba informado cometian: que ya iba á castigarlos y á reducirlos á la obediencia de su Magestad, porque ya era vergüenza, que estando reducida toda la Nueva-España, fuese el corto reino de la Galicia el que tanto cuidado causase.

5. Recibida la carta del virey por Oñate y el cabildo, se determinó que un regidor pasase á cumplimentarle á donde quiera que se hallase, agradecerle el favor que el reino de la Galicia le merecia, de que pasase á ilustrarle con su persona, á informarle por extenso de lo acaecido, de las noticias que tenian de Compostela, Culiacan y Purificacion, y de cómo eran pocos los pueblos que no estuviesen contagiados de la conspiracion, pero que ya algunos se hallaban reducidos por medio del indulto que se les concedió, y se les intimó por los religiosos de San Francisco, que sin perder tiempo habian traginado todos los pueblos y despoblados con tan feliz éxito, que aun habiendo sido los muertos en la batalla mas de quince mil, quedahan los pueblos aun mas crecidos que ántes del alzamiento, porque se habian agregado algunos gentiles de los que los apóstatas habian convocado, y que así, se le suplicaba á su señoría confirmase el indulto en los que estuviesen ya de paz, para que no se malograse el buen efecto que se experimentaba; y que pues se estaba tratando de fundar la ciudad en el Valle de Atemaxac, lo tuviese á bien ó providenciase lo que fuese de su agrado. Tambien se le participó noticia de que á la entrada de aquel reino de la Galicia, se hallaban dos naciones que gobernaban los caciques de Cuitzeo y del Valle de Coynan; que los primeros no habian

concurrido al alzamiento, y solo de los de Coynan se tenia noticia se rebelaron, y que estos á toda prisa se estaban fortificando; que si su señoría gustaba, pasaria á ejecutar sus órdenes con la poca gente que se hallaba, lo que no consintió dicho señor vi- rey; y respondiendo, que pues ya se halla-

ba en el reino, él dispondría todo lo conve- niente, y que le parecia bien el indulto con- cedido, y el que se mudase la ciudad adon- de se trataba de fundar; que procurase se hiciesen las fábricas de suerte que se cono- ciese el buen ánimo de los pobladores, de permanecer en la tierra.

CAPITULO XXIX.

Fortificanse los indios de Coynan, y por un ardid de los indios mexicanos son vencidos, y con tra- bajo se les impide que no maten á sí propios; pasa á Nochiztlan, y los halla empeñolados; cautiva á muchos que por arbitrio de Miguel de Ibarra hacen fuga.

1. Llegó el señor virey á los valles de Coynan y Cuitzeo, en donde experimentó lo contrario de lo que pasó á D. Nuño de Guzman en la primera entrada que hizo, porque entónces los de Coynan recibieron á Guzman de paz, y los de Cuitzeo resis- tieron la entrada. Como estaban los de Coy- nan experimentados de la gran fortaleza del Mixton, en donde triunfaron de los es- pañoles, no solo la primera vez, en que ma- taron á Francisco de la Mota y compañe- ros, sino tambien cuando desbarataron á Alvarado, y quitaron la vida á treinta de sus soldados; quisieron fabricar otro Mix- ton en el cerro propio de Coynan; fortale- cieron sus entradas con grandes albarradas, siendo por otras partes de rocas y peñas ta- jadas, las que los defendian; hallábanse jun- tos mas de doce mil, sin las mujeres y ni- ños, y luego el virey mandó se les remitie- se embajada, ofreciéndoles el perdon de su alzamiento, y que de no, se les haria cru- da guerra á fuego y sangre hasta vencer- los, y quedarian esclavos; mas ellos se pro- metian seguridad, y así se mantuvieron re- beldes, sin que en diez dias se les pudiese entrar, y siempre se les volvia á requerir ántes de darles batería, á que respondian: que primero perderian las vidas que darse

á partido alguno; como las primeras albar- radas eran de piedra manual, tenian de so- bra la municion con que resistian, y no era fácil á tanta muchedumbre de indios, ga- narles un palmo de tierra; informóse el vi- rey de que en aquella fortaleza no habia agua, y que no podia ménos que hallarse muy necesitados de ella, pues se habian apresa- do algunos indios que habian intentado sa- lir de parte de noche silenciosamente, con cántaros á socorrer aquella necesidad, y determinó se formalizase el cerco sin em- peñarse mas en procurar entrarles por fuer- za, sin cuyo embargo los indios mexicanos, que á los nuestros auxiliaban, artilosamen- te arbitraron vestirse como los de Coynan, y ciento de dichos indios subieron del agua- je para el cerro con cántaros de agua, y otros ciento con arcos y flechas detenian á un trozo de soldados y de indios amigos, que fingieron huian en alcance de los aguado- res, lo que visto por los empeñolados que habia por aquella parte, creyendo que al- gunos de los suyos iban á socorrerles con la agua que necesitaban, salieron á recibir- les facilitándoles la entrada, y una vez den- tro, arrojaron los cántaros, y con ocultas armas que llevahan de palos y cuchillos, y usando de las mismas piedras que usaban